

El destino irónico del psicoanálisis feminista: El caso de Melanie Klein

*Eli Zaretsky**
New School for Social Research

Palabras clave: psicoanálisis, feminismo, ética, cuidado, consciencia

I. INTRODUCCIÓN

En 1980, cuando la socióloga y psicoanalista estadounidense Nancy Chodorow cuestionó a un grupo de mujeres que se habían convertido en analistas durante las décadas de 1920 y 1930 acerca de la diferencia que su condición genérica les había significado en su experiencia profesional, sus respuestas la sorprendieron.

Hay muchas mujeres profesionistas en el mundo, ¿por qué no debiera haber analistas también? [fue una de ellas. A la pregunta] ¿qué hicieron las mujeres?, [otra respondió]: No sé... ¿qué comían ellas? [Además preguntó]: ¿cuál es la diferencia que hace que muchos de los principales profesionales del análisis sean mujeres? [y a ello una tercera contestó]: Encuentro difícil que las mujeres se *soporten* juntas... Puedo pensar en mujeres *especiales*; y habría sido distinto sin *ellas*. Pero respecto de las mujeres en general, cuando las colocas juntas, no tengo idea. [Una cuarta observó]: No sabía nada acerca de

* ZaretE@newschool.edu

movimientos feministas, actividad feminista... la gente simplemente logró consumir su interés en el psicoanálisis; [y] lo más desconcertante y difícil fue para mí el hacer todo esto en alemán.¹

Sin embargo, una mirada más detenida indica que el género significó una enorme diferencia para las mujeres analistas de la década de 1920; pero que, también, funcionó como un aspecto de ampliación y mixtura sexual, cultural y social en el proceso de emergencia de la *vida personal* moderna. Permítaseme explicarlo.

Con la expresión *vida personal* quiero significar la experiencia, central para la modernidad, de tener una identidad personal distinta del lugar que ocupa uno en la familia y de la división social del trabajo. En un sentido, la posibilidad de tener una *vida personal* es colindante con la idea de sociedad humana, pero no es esto lo que tengo en mente. En su lugar, quiero aludir a una experiencia histórica, específica de la vida personal y que está sociológicamente delimitada por el proceso de industrialización. Previamente, la familia fue el lugar primario de organización de la producción y la reproducción. Como resultado, el sentido individual de identidad estuvo largamente enraizado en el lugar que a cada uno le correspondía en la familia. Durante el siglo XIX, en cualquier caso, la separación entre la familia y el lugar de trabajo, es decir, el surgimiento del capitalismo industrial, alumbró nuevas formas de privacidad e intimidad. Primero, esto fue experimentado como el complemento familiar del impersonal mundo del mercado. Más tarde, estas formas quedaron asociadas con la posibilidad y logro de una vida personal distinta de la familia o como la implicación de cambios en su estructura. Este logro encontró expresión social en, por ejemplo, la aparición de las mujeres en la vida pública, la identidad homosexual masculina y el surgimiento de movimientos bohemios y otros cambios culturales asociados al modernismo. En el curso de estos desarrollos, la identidad personal se convirtió en un problema y un proyecto para los individuos y en la contraparte de lo dado a ellos de acuerdo con su lugar en la sociedad.

El psicoanálisis, desde mi punto de vista, fue una teoría y una práctica para la vida personal. Su históricamente original *telos* fue, valga la expresión, el desmontaje de la familia, la liberación de lo individual de sus patrones paternal y maternal. Así, para entender la diferencia que el género representa para las mujeres analistas de la década de 1920, tenemos que situarlas en relación con el despliegue de la

¹ Nancy Chodorow, *Feminism and Psychoanalytic Theory*, Yale, Yale University Press, 1991, pp. 202-223 (énfasis en el original).

historia de la vida personal. Ésta, en cualquier caso, es la aproximación que desarrollaré en este ensayo, que se centra en las contribuciones de Melanie Klein.

En la Europa Central, donde el psicoanálisis se constituyó como una disciplina especializada antes de la aparición de Klein, la vida privada permanecía como un proyecto contracultural de enclaves de vanguardia y sólo estaba comenzando a considerarse como una posibilidad masiva. Así, el análisis fue por mucho tiempo marginal a las luchas de las clases obreras, a pesar de los esfuerzos de Wilhelm Reich. Durante las décadas de 1930 y 1940 en Inglaterra, de cualquier modo, el destino del análisis se enredó con la creación del moderno Estado de bienestar socialdemócrata, comprometido con asegurar a todos las bases materiales de la vida personal. Ahí, los analistas británicos, escribiendo en el contexto del énfasis que se hacía en la ruptura —y en la conexión— con la *figura materna*, desarrollaron una novedosa mirada *objetivo-relacional* sobre el *ego* como éticamente responsable. Para ellos, la responsabilidad ética era menos una cuestión de respetar normas morales universales que de vincularse con los demás individuos por medio de obligaciones concretas. Expresando una nueva orientación hacia la vida personal, esta ética representaba, en efecto, una alternativa *femenina* al trabajo de Sigmund Freud —una ética del cuidado en lugar de una de la justicia—. En primer lugar, porque, como se verá, el *ego relacional* fue asociado con la vida personal más allá de la familia: el terreno de los amigos, los colegas, los vecinos. Después, en cualquier caso, cuando el análisis llegó a estar integrado de una manera más importante en la sociedad británica, se centró en asuntos más complejos, tales como el *grupo* y la *familia* nacional.

A continuación relataré esta historia en tres etapas, concentrándome en el pensamiento de Klein y sus imbricaciones con la historia de la vida personal. En un primer momento, desde la década de 1920 hasta los primeros años de la de 1930, Klein fue parte de la temprana exploración modernista de la vida personal, desplazándose —a partir de su experiencia como mujer que transformó el psicoanálisis— desde una ética de la autonomía hacia una ética de la responsabilidad. Si esta primera etapa se centra en la vida privada, la segunda, la del Frente Popular de 1930, se concentra en lo público. La vida personal se subsume en un contexto político mayor. En ese contexto, Klein y sus seguidores entendieron la política en términos maternos más que paternos. La tercera etapa fue la de Blitz y la guerra. El trauma desencadenado producido por estos eventos reveló la división entre lo público y lo privado. El resultado fue la creación de una nueva constelación, al mismo tiempo, pública y privada, en la que la teoría de Klein

acerca de la relación madre/hijo llegó a ser integrada en el Estado británico de bienestar. La síntesis del Estado de bienestar combinó elementos de los periodos modernista y del Frente Popular, pero de una manera que recuperó su fuerza crítica a través de la promoción de la integración familiar.

La vida personal fue, en esencial, el producto de lo que los historiadores llaman la segunda revolución industrial, la de la producción y el consumo masivos, tal y como emergió al final del siglo XIX y principios del XX. El descubrimiento del carácter masivo de la vida personal subrayó el descubrimiento de la *modernidad* en la década de 1920. En consecuencia, identificaré, antes de volver a Klein, cuatro influencias sobre su pensamiento que surgieron de la agitación general de la década de 1920.

La primera fue una creciente oleada de interés por el tema de la *maternidad* en general y por la idea de matriarcado en particular. Atendiendo retrospectivamente al trabajo de Johann Jakob Bachofen a mediados del siglo XIX, muchos intelectuales de la década de 1920 aceptaron el punto de vista de que el matriarcado fue la forma primaria de organización social. Las feministas británicas, como sus compatriotas psicoanalistas, conocían las evidencias —aportadas por los antropólogos de la Universidad de Cambridge— de la existencia de diosas maternas en las excavaciones de la civilización Minoico-Micénica en Creta, la compilación hecha por James Frazer de los mitos de la fertilidad en los doce volúmenes de *La rama dorada* y las interpretaciones de tono matriarcal que Jane Harrison hizo de la tragedia clásica. Ellas leyeron y discutieron el trabajo de Bronislaw Malinowski, un polaco emigrado a Inglaterra, quien había regresado de las Islas Tribriand, después de la Primera Guerra Mundial, insistiendo en que no había encontrado un solo mito del origen donde se le asignara al padre un papel en la procreación. Como resultado, ellas cuestionaron la insistencia de Freud en el complejo de Edipo y la teoría de la envidia del pene.²

La segunda influencia relevante fue el nuevo interés en la *diferencia* femenina que se suscitó en el movimiento de las mujeres durante la primera posguerra. Antes de la guerra, éste se había centrado en la lucha por el sufragio. Universalistas en su actitud, las sufragistas se interesaron en la sexualidad sólo en su forma de explotación sexual o del patrón dual. La guerra, en cualquier caso, hizo añicos el

² Elizabeth Abel, *Virginia Woolf and the Fictions of Psychoanalysis*, Chicago, University of Chicago Press, 1989, p. 26.

movimiento, en parte a causa de la victoria sufragista. El énfasis de las sufragistas en la igualdad en la esfera pública no fue olvidado seguramente, pero muchas *nuevas feministas* de la década de 1920 abrazaron una nueva idea de la *diferencia* femenina, que se entendió como diferencia psicológica en la esfera de la vida personal. Explorando la sexualidad femenina por propio derecho, y no como complemento de la masculina, muchas analistas británicas concluyeron —en oposición a Freud— que aquella seguía una línea autónoma de desarrollo, enraizada en la relación temprana madre/hija. Al mismo tiempo, el énfasis en el matriarcado y en la diferencia tuvo implicaciones ambiguas. Como Susan Kent ha apuntado, *al abrazar radicalmente nuevas —y aparentemente liberadoras— visiones de las mujeres como seres humanos con identidades sexuales, muchas feministas aceptaron las teorías de la diferencia sexual que les ayudaron a desarrollar nociones de esferas separadas para el hombre y la mujer.*

El grupo Bloomsbury, con su ética de socialidad transfamiliar, constituyó una tercera importante influencia sobre Melanie Klein. Los miembros del grupo Bloomsbury —la analogía inglesa del surrealismo, el Renacimiento de Harlem y otros experimentos modernistas acerca de la vida personal— eran muchas veces, feministas, homosexuales o experimentadores sexuales, pero su principal contribución radica en el desarrollo de una nueva concepción de la ética interpersonal; una ética que la sociedad misma estaba necesitando. No es el otro generalizado, como en Immanuel Kant y Sigmund Freud, al que se hace referencia, sino el concreto y particularizado. La clave filosófica que influyó sobre Bloomsbury, G. E. Moore, sugirió que las relaciones situadas inmediatamente —por ejemplo, con los amigos, la familia y la comunidad— tienen precedencia sobre los ideales abstractos. En la clásica formulación de E. M. Forster, “si tengo que escoger entre traicionar mi país y traicionar a mi *amigo*, espero tener las agallas para traicionar a mi país”.³ En la presentación de John Maynard Keynes de una ética interpersonal:

[...] repudiamos completamente en nosotros la sujeción personal. Exigimos el derecho a juzgar cada caso individual sobre sus méritos, y la sabiduría para hacerlo exitosamente [...]es decir, somos, en el sentido estricto del término, inmoralistas [...] Nada importa excepto los estados mentales... principalmente los nuestros.⁴

³ Paul Johnson, *Modern Times: The World from the Twenties to the Nineties*, Nueva York, Harper-Collins, 1991, p. 167.

⁴ John Maynard Keynes, “My early beliefs”, citado en Robert Sidelsky, *Keynes*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, p. 141.

La cuarta influencia sobre Klein fue el particular *ethos* de la Sociedad Psicoanalítica Británica. Inconformistas y contrarios a la medicación, alrededor de 40% de sus cerca de 60 miembros se presentaban como analistas que no usaban medicamentos. El *ethos* impuesto significaba más oportunidades para las mujeres. El número de mujeres había ya crecido drásticamente en *todas* las sociedades de analistas de Europa después de la Primera Guerra Mundial. Mientras que antes de la guerra existía difícilmente alguna mujer analista, para 1929 la mayoría de quienes se iniciaban en la disciplina eran del sexo femenino. La Sociedad Británica estaba constituida por 40% de mujeres. Característicamente, muchas mujeres profesionistas practicaban el análisis infantil o tenían experiencia en educación, por ejemplo, trabajando en escuelas de enfermería, experimentales y centros de entrenamiento de profesores. Muchas eran madres. Sobre el trasfondo del modernismo de la década de 1920, entonces, los analistas británicos crearon las *relaciones objetivas* como variante del psicoanálisis. Abordaré ahora la principal impulsora de este paradigma: Melanie Klein.

II. DE LA AUTONOMÍA A LA RESPONSABILIDAD

Melanie Klein nació en 1882 en Viena y fue una niña no deseada. Se casó, tuvo tres hijos y se mudó con su esposo a Budapest. Deprimida después de la muerte de su madre, se introdujo al análisis con Sandor Ferenczi y se convirtió en analista ella misma. Cuando su matrimonio fracasó, se mudó a Berlín, donde sus excentricidades personales y sus ideas poco ortodoxas le ganaron la condescendencia de muchos de los jóvenes analistas. En el Instituto de Berlín conoció a Alix Strachey, analista británica y esposa del traductor al inglés de Freud. Por insistencia de Strachey, Klein se trasladó a Londres en 1926. Descrita por Phyllis Grosskurth como “regordeta, judía y *déclassée*”, ella presentó su lección inaugural en la casa del cuñado de Virginia Woolf situada en Russell Square.⁵

⁵ “En ningún otro lugar [...] he experimentado este sentimiento de una verdaderamente poderosa simpatía y una habilidad en mí para adaptarme a lo extraño y desconocido” escribió ella poco tiempo después. Citado en Pearl King, “Early Divergences between the Psycho-Analytical Societies in London and Vienna”, en E. Timms y N. Segal, *Freud in Exile. Psychoanalysis and its Vicissitudes*, New Haven/Londres, Yale University Press, 1988, p. 133.

En Berlín, Klein había sido una de las primeras en practicar el análisis en niños cuyos *síntomas presentes* eran problemas escolares típicos. Considerando el aprendizaje temprano como dirigido por la madre, ella interpretó las inhibiciones del proceso como resultado del miedo del niño a la venganza por lo que él percibía como deseos hostiles. A partir esto, Klein concluyó que la madre, y no el padre, era la figura de autoridad original. Señalando que *el lobo comedor de hombres, el dragón que echa fuego por la boca* y *todos los monstruos malvados sacados de los mitos y los cuentos de hadas* eran muchas veces figuras de la madre, ella se opuso a Freud argumentando que lo que guía el desarrollo femenino era la rivalidad de las niñas y, frecuentemente, las amargas relaciones con sus madres.

De todos modos, no fue sino hasta el final de la década de 1920, después de instalarse en Inglaterra, cuando Klein empezó a desarrollar una amplia alternativa al paradigma freudiano. El cambio es hoy todavía descrito como yendo desde la teoría del *instinto* hacia las *relaciones objetivas*, pero esto es un malentendido por varias razones. Principalmente, porque la teoría de Freud misma era relacional-objetiva, dado su interés en la transferencia de testimonios. Más aún, tanto para Freud como para Klein, el término *objeto* hacía referencia a una representación *interna* y no, como en muchas teorías de las relaciones objetivas posteriores, a una relación interpersonal o intersubjetiva.⁶

En cualquier caso, la diferencia más importante entre Freud y Klein se encuentra en otro lugar: en relación con sus presupuestos sobre la vida personal, tal y como se reflejaron en sus teorías del ego. Para Freud, el ego tomaba existencia mucho antes del superego y mantenía una distancia crítica y reflexiva respecto de los imperativos más recientes. Para Klein, en contraste, no existía una distinción real entre ambos. Lo que ella llamó el superego se traslapaba con lo que Freud denominó el ego. Más aún, lejos de estar distanciado de los imperativos morales, el ego estaba en el centro de los asuntos éticos. He mencionado *éticos* como opuestos a *morales* porque Klein no se interesó en normas morales universales. En su lugar, como sus compañeros de Bloomsbury, ella privilegió la responsabilidad hacia el otro en concreto, empezando con la madre y extendiéndola hacia las comunidades particulares.

⁶ Según Joan Riviere, “el concepto de *objetos* al interior del ego, como distintos de las identificaciones, es duramente criticado en la obra de Freud”. Joan Riviere, “A contribution to the analysis of the negative therapeutic reaction”, *International Journal of Psycho-Analysis*, núm. 17, 1936, pp. 304- 320. Este ensayo se volvió a imprimir en Martin Bergmann y Frank Hartman (eds.), *The Evolution of Psychoanalytic Technique*, Nueva York, Basic Books, 1976, pp. 417-429.

Lo que principalmente motivó a Klein fue su insistencia, *pace* Freud, en que el superego originado en las tempranas representaciones internas de la madre, a la larga, subsume al complejo de Edipo. Esto tuvo amplias implicaciones. Primero, involucraba que los conflictos que son formativos de la subjetividad individual estaban enraizados en los más profundos niveles de la seguridad ontológica, misma que incluía las necesidades materiales como: la comida. Esto representó una desviación mayor respecto de Freud, para quien las frustraciones materiales sólo adquieren significado después, cuando han sido reconfiguradas como imperativos morales. Segundo, la visión de Klein del *mundo objetivo* interno fue notablemente diferente de la de Freud. Para él, todos los objetos están ensombrecidos por la imagen del padre. Para ella, en cambio, el mundo interno era un complejo y diferenciado paisaje de objetos gratificantes y frustrantes, rivalizantes y afirmadores, *particulares* y *totales*. El resultado, ella así lo esperaba, sería “un nuevo entendimiento del inconsciente y de las relaciones internas que nunca se había dado antes, a no ser en los poetas”.⁷ Por último, el punto de vista de Klein suponía un diagnóstico distinto del problema fundamental que encaraban el hombre y la mujer modernos. Para Freud, el principal problema era el fortalecimiento del ego, así como dotar al individuo de algún grado de libertad para sus impulsos respecto de las presiones sociales y las representaciones impersonales de autoridad. Para Klein, en contraste, el problema era incrementar un mundo interno de objetos totalizantes, es decir, lograr y sostener conexiones personales.

El punto de partida de Klein fue el mismo que Freud había identificado después de la guerra, a saber, el trauma. Describiendo la lectura de *Más allá del principio del placer*, el libro de Freud de 1919, como su más grande experiencia teórica, ella se percató de que inauguraba una nueva época en la teoría analítica; misma que se organizaba alrededor de la pregunta “¿cuándo la separación de un objeto produce ansiedad, cuándo produce luto y cuando produce [...] sólo dolor?”⁸ Esta cuestión llegó a ser el foco explícito del monumental artículo de Klein de 1934, “The psychogenesis of manic-depressive states”.⁹ Aparentemente debido a la muerte de su hijo en un accidente de alpinismo, Klein retrató el desarrollo temprano —de hecho, la vida entera— como la historia del salto entre dos posiciones o

⁷ Melanie Klein, “Draft Statement”, 1 de enero de 1942, CKB/FO1/32, British Psychoanalytic Society.

⁸ Pearl King y Richard Steiner (eds.), *The Freud-Klein Controversies 1941-45*, Londres/Nueva York, Tavistock/Routledge, 1991, p. 91 (citando a Freud).

⁹ Melanie Klein, “The psycho-genesis of manic-depressive states”, en *Contributions to Psychoanalysis*, Londres, The Hogarth Press, 1948.

posturas en la mente como totalidad: la posición paranoica y la depresiva. Éstas corresponden, respectivamente, al estado de no estar relacionado con un mundo intersubjetivo —de significado ético— y de estar relacionado con ese mismo mundo. En esta fase temprana, ella sostenía, la *psique* está en la *posición paranoica*: la experiencia es fragmentaria y discontinua; los pensamientos y los sentimientos le suceden *al* niño; la ansiedad persecutoria es penetrante; el sadismo infantil y las energías caóticas y destructivas del instinto de muerte predominan. La realización humana reside en la superación de la *posición depresiva*, aunque la ansiedad persecutoria nunca está completamente erradicada. Normalmente experimentada durante el primer año de vida, la posición depresiva consiste en la fijación de la madre como un objeto interno. Basada en el reconocimiento de que la madre está separada del niño, la posición depresiva constituye el principio de la subjetividad. Desde la concepción de Klein, la subjetividad implica duelo, tristeza y pérdida de objetos y es denominada por ella, también, como la *posición de fijación*. Subjetivamente, para Klein, era inseparable del reconocimiento de que uno es herido o dañado por el objeto interno del que uno depende. Así, la subjetividad no se distingue de la conciencia.

De acuerdo con Klein, el gran problema de los seres humanos reside en incrementar y mantener el acceso al mundo interno de objetos. Mientras que en la vida temprana las relaciones están formadas por *objetos parciales*, la posición depresiva implica un esfuerzo por representar *la totalidad de objetos*, en otras palabras, el reconocimiento de los otros como sujetos.¹⁰ Si la introspección implica la conciencia de la vulnerabilidad, la dependencia y la culpa son el origen de los intentos *maniacos* de evitar la depresión, especialmente a través de la acción irreflexiva. La conciencia de que uno puede herir, y lo ha hecho, al objeto del que uno mismo depende impulsa los esfuerzos de *reparación*, lo cual, para Klein, es la única bondad que podemos conocer.

La insistencia de Klein en la imposibilidad de separar el ego de las relaciones concretas, como opuestas a las consideraciones morales universales, puede apreciarse en un ensayo no publicado acerca de *El ciudadano Kane*, la película de Orson Welles de 1941. En su interpretación, el argumento de la película es desencadenado por la violenta separación del joven Kane de su madre. El trineo que usa para defenderse a sí mismo —*Rosebud*— es el secreto de su vida. Sus

¹⁰ De este modo, Klein escribió, “no es sino hasta que el objeto es amado como totalidad que su pérdida puede ser sentida como totalidad”. *Ibid.*, p. 284.

últimas palabras aluden, escribe Klein, al seno cuyo sustento Kane necesita pero que no puede permitirse alcanzar. Este sustento no es sólo la leche materna, por supuesto, sino que hace referencia a la necesidad de sanar y reconectarse con la dolorosamente abortada relación con su madre. Kane, afirma Klein, era una persona cuyos *sentimientos depresivos fueron sobrecargados y mantenidos a ralla por mecanismos maniáticos, i. e., mecanismos de control*. Lo que hizo de modo correcto Kane —de manera simultánea en su vida política y amorosa— fue contener sus intentos de reconexión. Así, él se convirtió en restaurador no al margen de sus principios de lo correcto y lo incorrecto, sino, más bien, a través de la compasión y de un sentido de obligación hacia los individuos y grupos. Pero, a causa de su desarraigo temprano, él no pudo sostener este esfuerzo de conexión. *Hace mucho tiempo olvidados están los deseos de promover los intereses de la gente pobre. Esto pronto cambió hacia los modos de controlarlos*. De manera similar, Kane fue atraído por la pobreza y la indefensión de su esposa Susan, quien le recordaba su propio estado interior devastado; pero después de casarse con él, sus sentimientos *cambiaron hacia intentos de dominación*. *Lo más que su capacidad para amar prueba es el fracaso*, Klein notaba, *lo único que el mecanismo maniático aumentaba*.

Hacia el final de la década de 1930, Klein había creado un nuevo vocabulario centrado en los problemas del incremento de un mundo interno de objetos capaz de sostener una vida personal compleja y profundamente sentida. Su concepción implicaba una visión de la modernidad distinta de la de Freud y relacionada menos con la autonomía individual que con el esfuerzo de mantener una vida familiar, las relaciones personales y las comunidades concretas e interconectadas. Expresando una novedosa y emergente ética de la vida personal, el vocabulario de Klein rápidamente encontró su camino hacia el criticismo cultural inglés. Donald Winnicott describió la ciudad moderna como organizada alrededor de la defensa maniaca: *el perímetro que nunca es abandonado*, el ruido que nunca cesa. Adrian Stokes explicó que la confianza dada por artes como la escultura y la arquitectura explican el alivio de que la “totalidad de objetos” suministra ansiedad persecutoria.¹¹ El crítico de arte Donald Meltzer afirmó que ella tenía *el ánimo de realizar una introspección infantil, con la esperanza de obtener algo en la naturaleza como un objeto reconstruido*.

¹¹ *Ibid.*, p. 290. Véase, también, Donald Winnicott, “The manic defence”, en *Collected Papers: From Pediatrics to Psychoanalysis*, Londres, Tavistock, 1958, p. 131; y Richard Wollheim (ed.), *The Image in Form: Selected Writings of Adrian Stokes*, Nueva York, Harper and Row, 1972, p. 68.

En suma, hacia 1934, Klein había suministrado una reinterpretación fundamental de la concepción psicoanalítica de la situación humana. Tanto para Freud como para Klein, el sujeto lucha por conseguir cierta *bondad*, pero para Freud la lucha era kantiana y moral, mientras que para Klein era concreta y relacional. Para Freud, el superego era un imperativo categórico despersonalizado; para Klein, se refería a los otros particularizados y concretos. Para Freud, el mundo interno estaba dominado por conflictos de autoridad; para Klein, estaba dominado por la responsabilidad hacia la particularidad de los otros con quienes uno mismo incurría en obligaciones, no en virtud de ser parte del género humano, como en Kant, sino porque uno se encuentra en relaciones y circunstancias específicas. Para Freud, el centro moral de la persona estaba formado por conflictos derivados de la *legalidad* que constituye nuestra humanidad, como el tabú del incesto; para Klein, los conflictos centrales reflejan frustraciones en necesidades básicas y la rabia y la envidia que inevitablemente resultan. Para Freud, la mejor respuesta a los traumas tempranos era la formación de un ego capaz de amar y trabajar. Para Klein, la respuesta a esos traumas era la formación de relaciones concretas e interpersonales motivadas por el deseo de reparar y retribuir. De ningún modo está Klein proponiendo remotamente algo similar a lo que posteriormente sería denominado como *psicología femenina*, siendo que sus recuentos de la vida psíquica se aplicaban de igual forma a hombres y mujeres. Pero su teoría de las relaciones objetivas había sido claramente enriquecida por las experiencias específicas con mujeres.

III. SOLIDARIDAD Y MATERNIDAD

La Gran Depresión terminó con los incipientes experimentos modernistas en emancipación sexual y cultural. La politización, primero provocada por la depresión y luego por la guerra, hizo énfasis en la esfera pública de la misma manera que el modernismo había acentuado la privada. La década de 1920 se interesó en la vida personal y la idea de deconstruir la familia comenzó a regresar a sus orígenes. Cada vez menos mujeres trabajaban fuera del hogar; menos jóvenes dejaban su casa al casarse. Es bien sabido que la Italia fascista y la Alemania nazi proclamaron que la obligación masculina era combatir y la femenina era la reproducción. Pero el maternalismo impregnaba también los movimientos *progresistas*, incluido el del Frente Popular, es decir, el intento de unificar todas las fuerzas democráticas en

contra del fascismo. Maternalmente codificadas, las imágenes del hogar y el suelo patrio proliferaron, y lo mismo sucedió con los conceptos de *cultura* y *orgánico*, junto con la atención a las representaciones de la madre de familia de clase obrera. Muchos temieron que la exploración de la maternidad femenina que tuvo lugar en la década de 1920 estuviera siendo secuestrada de regreso a la ideología de la domesticación. Virginia Woolf, quien había publicado las traducciones al inglés de Freud en su propia imprenta, nunca las leyó (mientras se preguntaba si eran válidas las demostraciones aportadas por *estos alemanes que piensan que prueban algo, aparte de su propia ingenuidad rayan en la imbecilidad*) y las disfrutó verdaderamente cuando, por último, lo hizo y descubrió el énfasis que hacían en el padre.

A pesar de la reticencia de Chodorow al tema de *tratar a las mujeres juntas*, el psicoanálisis de la década de 1930 también evidenció una conciencia de género muy distinta de la de la década precedente. El ensayo de Freud de 1925 acerca de la sexualidad femenina no hacía referencia al sexo de su audiencia, pero uno de 1933 parecía casi la apología de *las excelentes colegas mujeres en análisis*, debido a su aparente antifeminismo. El género se hacía explícito también en la elección de un analista. Cuando una paciente femenina se quejaba con Klein de que trabajar con una mujer incrementaba la actitud defensiva de su esposo y añadía que ella misma no confiaba en las mujeres, ella le respondía: “lo mejor que te podría pasar es ser analizada por una mujer”,¹² implicándose así que la desconfianza de una mujer hacia las demás era lo que verdaderamente necesitaba ser analizado. La conciencia de género estaba acentuada también entre los analistas. Sylvia Payne —discípula de Klein retratada en la obra de teatro de Terence McNally *Mrs Klein*— escribió que Edward Glover, el Presidente de la Sociedad, temía y envidiaba “el éxito intelectual *i. e.*, de las mujeres”.¹³

Publicando prolíficamente, Klein se convirtió en la figura intelectual dominante en la Sociedad Británica hacia principios de la década de 1930. Pero también existía una intensa oposición a ella. Un conflicto teórico con Anna Freud rápidamente se convirtió en un enfrentamiento abierto contra el legado freudiano. Este conflicto *de Viena contra Londres* polarizó a los integrantes de la Sociedad. La

¹² Melanie Klein, “Letters of Melanie Klein”, 15 de abril de 1941 y 27 de abril de 1941. BPS, PP/KLE, British Psychoanalytic Association.

¹³ Melanie Klein, “Sylvia Payne to Melanie Klein”, 16 de marzo de 1942, CKB/FO1/06, British Psychoanalytic Institute.

propia hija de Klein, la física y analista Melitta Schmiderberg, atacó públicamente a su madre por su incapacidad para comprender la verdadera naturaleza del amor maternal. La llegada a Londres, en 1938, de Sigmund Freud, Anna Freud y otros 78 analistas judío-vienés refugiados sólo intensificó la espiral del conflicto que envolvía a Klein.

Klein respondió a este conflicto retirándose del centro de la arena de los analistas y dirigiéndose hacia un círculo analítico integrado solo por mujeres. Abarcando a mujeres que con seguridad puedo llamar *feministas* —como Joan Riviere— así como a aquellas que se pueden denominar como *protofeministas* —tales como Payne—, el círculo de Klein se preocupó ampliamente por la figura de *la madre*. En lugar del discurso analítico original centrado en la relación padre/hijo, ellas elaboraron uno nuevo que consideraba las relaciones madre/hija, madre/hijo o hermana/hermana y a través del cual desarrollaron nuevas teorías analíticas acerca de la sexualidad femenina o de la *fase femenina* del hombre y de los conflictos psicológicos que existen entre las mujeres.

En ese círculo, la relación madre/hijo era no sólo analizada sino vivida. A la edad de Klein, ella se convirtió en una figura maternal para las analistas jóvenes. Una carta de Riviere dirigida a Klein, escrita en junio de 1940 a la mitad de la guerra, transmitía la atmósfera del círculo tal y como ahí se pensaba:

Cuando la primera mención oficial de la invasión se dio, la posibilidad de trabajar vino de repente y parecía tan cercana. Sentí que debíamos todas mantener eso en nuestros corazones [...] como la única manera de salvar nuestro trabajo para el futuro [...] Por supuesto que constantemente pensaba en las causas psicológicas de tan terrible pérdida y destrucción como debían aparecer ante la humanidad. Entonces, tuve la visión de ti diciéndome (y a todo nuestro grupo) todo lo que pensabas acerca de esas causas [...] Primero, lo que creías acerca de las causas de la situación psicológica de Alemania y, segundo, del resto de Europa y principalmente de los aliados, desde la última guerra. Para mí, la apatía y el repudio de los aliados, especialmente de Inglaterra, no están claras. (Nunca lo compartí). ¿Cómo está eso conectado con lo que yo llamo el complejo de “Munich”, es decir, la incapacidad de los hijos para pelear por sus madres y su país? [...] Es una gran pregunta: ¿por qué es tan importante ser valiente y capaz de soportar cualquier cosa que suceda? Todo lo *real* depende de esto.¹⁴

¹⁴ Joan Riviere, “Joan Riviere to Melanie Klein”, 3 de junio de 1940, PP/KLE/C95. British Psychoanalytic Society.

Klein archivó la carta de Riviere junto con un artículo de su propia autoría titulado “¿Qué representa la muerte para el individuo?” En él, Klein describía el armamento de Hitler como un *pene destructivo y peligroso*. En los hombres, ella afirmó, *ocultas y pasivas fantasías homosexuales, relacionadas y esquematizadas por la figura destructiva del padre, empiezan a aflorar. La culpa relacionada con la sádica alianza con el padre destructivo es una razón importante para el odio*. Cuando la relación inconsciente de un niño con una figura paterna poderosa y sádica no se ha comprendido, en última instancia, destruiría su capacidad para proteger la creación de relaciones humanas. Por ejemplo, continuaba Klein, la insistencia en el apremio a los ingleses de que siempre debían estar a la defensiva “expresaba la dirección hacia una homosexualidad activa y peligrosa como reacción contra el deseo y temor de ser forzados a la pasividad sexual”.¹⁵ Riviere, en su carta, también había descrito la apatía de los hombres ingleses como expresión de *inclinaciones homosexuales*.

Ciertamente, estas formulaciones son repugnantes y no sólo por lo que se sabe acerca de la persecución de los homosexuales ingleses durante este periodo. Sin embargo, revelan un sutil pero importante cambio en la comprensión del género. El imaginario familiar está centrado en la madre. El hecho más destacable es el deseo de Riviere de que Klein instruyera, y por tanto protegiera, a sus hijos en caso de una emergencia. El papel de la madre ha sido expandido hasta abarcar la educación y la protección. En correspondencia, la imagen del buen padre —el fetiche paternal— había desaparecido. El papel masculino más significativo es el de ser hijo, quien ha heredado la obligación paternal de proteger. La principal cuestión es si el hijo tiene la capacidad de pelear por su madre, hermanas y sus propios hijos, es decir, por decirlo así, por aquellos que son vulnerables. El hijo habría aprendido desde su propia experiencia de vulnerabilidad en la niñez —su posición depresiva, su relación con su madre— a sentirse responsable por los otros. Pero los hijos ingleses están *ausentes*, atrapados en relaciones sadomasoquistas, exhibiciones fálicas y esfuerzos maniáticos de *control*. Las *tendencias homosexuales* que Riviere refiere son las relaciones masculinas pasivas con una figura fálica, de *autoridad o de entrenamiento*, como en el caso de Hitler. La misma debilidad que permitió a los hombres británicos una inconsciente complicidad con el fascismo, también los previno de reconocer sus responsabilidades hacia sus mujeres e hijos.

¹⁵ *Ibid.*

La homofobia de estos documentos es seguramente indiscutible, pero el interés para Riviere y Klein no estaba en la condena de la elección del objeto homosexual. Por una razón: muchos de los que las rodeaban eran abiertamente homosexuales; y, además, porque el imaginario de Klein era ampliamente asexual. En estos intercambios, tanto Riviere como Klein se centraron en las relaciones masculino/femenino, pero no porque ellas estuvieran cautivadas por la heterosexualidad. Más bien, su ánimo era redefinir las características masculinas como la habilidad del hijo para proteger la relación madre/hijo. En los trabajos tempranos de Klein, ella había sugerido que la conexión con la madre después del trauma de la etapa paranoica era la base para la experimentación de la vulnerabilidad y la responsabilidad. Ahora, bajo la presión de la invasión inminente, extendía esta intuición hacia la afirmación de que la relación con la madre es la clave no sólo de la responsabilidad ética, sino también de la política.

Para los estándares de hoy, por supuesto, la visión de Klein es en sus aspectos críticos prefeminista. Uno podría preguntar legítimamente: ¿por qué Klein y Riviere dieron por sentado que la protección de la *tierra materna* frente a los nazis era responsabilidad de los hombres? —en especial desde que sabemos que el significado de la diferencia sexual se difuminó dramáticamente durante la agitación de la época de guerra en Inglaterra—. Pero, de nuevo, lo que importaba a ellas no era subordinar ni a las mujeres ni a los homosexuales. Más bien, Klein y sus seguidoras creían que la habilidad para formar y sostener relaciones con los otros, lo que comienza con la relación materna en la infancia temprana, era la única seguridad en el mundo moderno al que nos enfrentamos. Mientras tanto, el presentimiento de Riviere del efecto transformador de la política mundial probó ser acertado.

IV. RELACIONES OBJETIVAS Y EL ESTADO DE BIENESTAR

Durante la guerra, las cuestiones acerca de la vida personal fueron dejadas de lado mientras hombres y mujeres perseguían una causa común política y social. Bajo estas preocupaciones, en cualquier caso, la familia y la vida personal se transformaron una vez más. Esta transformación, un proceso de trauma y reintegración, constituyó la tercera fase en la evolución de la teoría de las relaciones objetivas.

La Guerra provocó un sufrimiento terrible. 750 mil hombres ingleses murieron, de una población total de 38 millones. Alrededor de una tercera parte de los muertos eran casados. La fosa común era usual. Habitualmente no había espacio para un funeral. La entrada de los analistas en el mundo interno de los ciudadanos que sufrieron los bombardeos, los soldados devastados y los niños huérfanos, precipitó el alejamiento —largamente gestado— del psicoanálisis respecto de la teoría de Freud del ego hacia los temas kleinianos de la conexión y la ruptura. En palabras de Peter Homans:

La metapsicología [*i.e.*, id, ego y superego] se colapsó durante el [periodo de guerra] en Londres. Bajo la presión del [...] cambio estructural social y el fomento que significó el duelo nacional sobre los deudos de los caídos en esa terrible guerra, virtualmente se marchitó, para ser remplazada por los tratamientos clínicos y teóricos en relación con las pérdidas y el mundo social de los pacientes, muchos de los cuales eran soldados y niños.¹⁶

Al mismo tiempo, la guerra promovió grandes esfuerzos de integración. Mientras que la Primera Guerra Mundial había expuesto las contradicciones internas de las sociedades europeas, la Segunda generó un sentido de unidad, causas compartidas y confidencias nacionales, al menos entre los aliados. El bombardeo alemán sobre Londres entre 1939 y 1940, escribió un observador, fue experimentado “casi como un desastre natural que fomentó un espíritu único de unidad que involucraba a la población entera”. En octubre de 1940, el realizador de documentales Humphrey Jennings le escribió a su esposa: “Mucho del daño en Londres es verdaderamente descorazonador, pero ¡el efecto que tuvo en la población! ¡Qué ardor, qué coraje! ¡Qué determinación!”¹⁷ Los efectos liberadores sobre la gente joven y las mujeres fueron particularmente poderosos. Las barreras de clase parecían perder importancia, especialmente después de que East End fue bombardeado y 3.5 millones de niños, muchos pobres, fueron evacuados hacia el campo.¹⁸ Quizá las imágenes más dramáticas de Blitz, inmortalizadas en los

¹⁶ Peter Homans, *The Ability to Mourn: Disillusionment and the Social Origins of Psychoanalysis*, Chicago, Chicago University Press, 1989, pp. 114. Véase, también, Ian Suttie, *The Origins of Love and Hate*, Londres, Paul, 1945.

¹⁷ Peter Stansky y William Miller Abrahams, *London's Burning: Life, Death and Art in the Second World War*, Stanford, Stanford University Press, 1994, p. 49.

¹⁸ Harold Perkin, *The Rise of Professional Society*, Nueva York, Routledge, 1988, p. 411.

dibujos de Henry Moore, fueron las de los individuos y las familias que ocuparon el metro londinense, contraviniendo las órdenes oficiales. Esas escenas simbolizaban la mezcla de lo público y lo privado en una ciudad bajo fuego, así como el intento de criar a los niños en un ambiente semicomunal.

Detrás de esta comunidad imaginada estaba la imagen de los ingleses como una familia, que trascendió la distinción entre los de derecha y los de izquierda. El ensayo de George Orwell “El socialismo y el genio inglés”, escrito en Londres durante uno de los momentos más intensos del bombardeo, ofrecía esta imagen como una forma de apoyar el Estado de bienestar. Lo que se necesitaba, afirmaba Orwell, era una revolución democrática que

[...] rompiera el control de la clase adinerada. [De otra manera], los británicos permanecerían como “una familia bajo el dominio de los miembros equivocados: [...] Mejor dicho una pomposa familia victoriana con sus alacenas rebosadas de esqueletos. Había relaciones poderosas a las que había que reverenciar y relaciones entre pobres sobre las se postraban, y había una conspiración profunda de silencio acerca la fuente de ingresos de la familia [el Imperio Británico]. Se trata de una familia en donde los jóvenes están generalmente frustrados y la mayor parte del poder está en manos de tíos irresponsables y tías convalecientes. Y, aún así, es una familia. Tiene su lenguaje privado y sus recuerdos comunes y, ante la aproximación del enemigo, cierran filas.”¹⁹

En la creación de esta *familia*, la madre había jugado un papel central. La obra de arte más celebrada de las producidas durante la guerra fue la *Madonna con niño* de Henry Moore, develada en 1943. La escultura surgió de la iniciativa del reverendo Walter Hussey, quien quería ver a la Iglesia de Inglaterra retomar un lugar artísticamente destacado. Para su consagración, Hussey se dirigió a la Congregación: “El santo niño es el centro del trabajo [...] y de este modo la bendita Virgen María fue concebida de la manera esencial en que cualquier niño pequeño pensaría en su madre, no tan pequeña y frágil, pero amplia, segura, como un sólido respaldo en la vida”.²⁰ Los temas maternos sirvieron de soporte móvil para el Estado de bienestar. El *Beveridge Report*, con su interés puesto en las madres y los hijos, fue publicado en 1942, el año más sombrío de la guerra. Después del

¹⁹ Peter Hennesy, *Never Again*, Nueva York, Pantheon, 1993, p. 37.

²⁰ Peter Stansky y William Miller Abrahams, *London's Burning*, *op. cit.*, pp. 50, 98-99 y 101. Mi descripción de Londres durante el periodo de Blitz esta en deuda con la de Stansky y Abrahams.

bombardeo del East End, la Reina anunció su apoyo para la salud social, remarcando que *el pueblo ha sufrido demasiado*.²¹ Poco después, Winston Churchill clamó por “un Servicio Nacional de Salud [y] por el seguro nacional obligatorio para todas las clases y para todos los efectos, desde la cuna hasta la tumba”.²²

Los analistas se unieron al espíritu general. En 1940, Edward Glover, al frente de la Sociedad, observó excitado que “por vez primera [...] el Ministro de Información había establecido que el sentimiento grupal es un tema médico-psicológico”.²³ La meta, continuaba, no era “exhibir la obediencia y la eficiencia de los oficiales, sino un casi democrático ‘espíritu grupal’ [...] El grito de la multitud era ‘trabajo en equipo’: ‘millones de los nuestros, todos unidos’”.²⁴ Una generación de jóvenes analistas como Donald Woods Winnicott y John Bowlby se hizo cargo de la dirección de la Sociedad y alentó los experimentos acerca de *construcción moral*, liderazgo y dinámica de grupos. Asumiendo públicamente el psicoanálisis, ellos destacaron los grandes temas de Klein como *la madre*, *la responsabilidad ética* y *la conexión*. Pero ellos les dieron otro matiz. Aminorando su concepción de una vida personal vivida independientemente de, y potencialmente en oposición a, los dictados de las instituciones a gran escala, ellos comenzaron el proceso de convertir al psicoanálisis en un instrumento de racionalización social e integración.

Los neokleinianos comenzaron por la gran intuición de Klein, a saber, que los seres humanos responden a la inseguridad paranoica y al trauma a través de la formación de relaciones de dependencia. Pero ellos aplicaron esta intuición a un nuevo objeto abstracto: *el grupo*. Mientras Freud había descrito a los grupos como masas estúpidas en búsqueda de líderes, los neokleinianos los trataron como las matrices naturales para los individuos. Como Wilfred Bion afirmó, *la relación del niño con el seno prefigura la relación del adulto con el grupo*. Las comunidades mismas, continuaba Bion, podían reflejar, y llegar a entender, sus propias asunciones inconscientes. Comenzando en 1942, Bion y John Rickman condujeron experimentos en análisis de grupos. Repitiéndolos en un ambiente controlado, siendo que Inglaterra como totalidad se había escapado durante el episodio de Blitz, ellos permitieron que un pabellón de soldados con traumas de guerra volviera al caos y, luego, pudieran reconstruir sus relaciones entre ellos. Jacques Lacan quedó

²¹ Cfr. Harold Perkin, *The Rise of Professional Society*, Londres, Routledge, 1990.

²² Peter Hennessy, *Never Again*, *op cit.*, p. 123.

²³ Edward Glover, “The birth of social psychiatry” (1940), citado en Nikolas S. Rose, *Governing the Soul*, Londres, Routledge, 1990, p. 22.

²⁴ Ben Shepherd, “A bunch of loony-bin doctors”, en *Times Literary Supplement*, 7 de junio de 1996.

abrumado por estos experimentos cuando visitó Inglaterra justo después de la guerra. Bion escribió: “deliberadamente se construyó un grupo sin un líder [...] para forzarlos a tomar conciencia de las dificultades de su propia existencia y para volverlos más y más transparentes a sí mismos”.²⁵

Comprometidos con estos experimentos, los neokleinianos se sentían a sí mismos como los prófugos de una estrecha y confinante visión del mundo. De acuerdo con Bion, Freud se equivocó *al consumir la naturaleza de la revolución que él mismo produjo cuando buscaba una explicación de los síntomas neuróticos, no en lo individual sino en la relación individual con los objetos*. Otro analista escribió “los rusos están equivocados al pensar que [lo] social es algo externo y no una parte interna de lo individual [...] El elemento social y cultural está profundamente arraigado en lo individual y con una gran porción del inconsciente”.²⁶ La guerra también trajo una extraordinaria expansión hacia el exterior de la influencia analítica. En 1943, John Bowlby regresó de sus dos años en el ejército para anunciar que “la sociedad ha sido aislada [...] hay mucha más demanda de psicoanalistas [entre los doctores militares] que aprecio por ellos”.²⁷ En el mismo año, la Sociedad formó un comité que preparara la inclusión de la psicoterapia en la naciente era de la medicina social. Para el siguiente año, los freudianos controlaban la división psiquiátrica de las fuerzas armadas inglesas.²⁸

Como el psicoanálisis ganó en prestigio y respetabilidad, su teoría de los grupos fue gradualmente usada para minimizar el conflicto y su retrato de la relación madre/niño llegó a idealizarse con el tiempo. En 1939, el *British Medical Journal* había publicado una carta de Winnicott, Bowlby y Emmanuel Miller, con la afirmación de que “la evacuación de niños pequeños entre los dos y los cinco años introduce problemas psicológicos mayores”.²⁹ Ampliamente difundida, esta carta inició la penetrante pero altamente situada influencia que el psicoanálisis tuvo en los nacientes Estados de bienestar británico y estadounidense. Como los kleinianos coincidieron con los antikleinianos en el diagnóstico de los efectos nocivos en los

²⁵ Jacques Lacan, “La psychiatrie anglaise et la guerre” (1947), en *Travaux et interventions*, citado en John Forrester, *The Seductions of Psychoanalysis: Freud, Lacan and Derrida*, Nueva York, Cambridge University Press, 1989, pp. 186-187.

²⁶ David Foulkes, “Discussion of the Soviet View on the Basis of Group and Psycho-analysis” PP/SHF/F.3/15. British Psychoanalytic Society.

²⁷ Pearl King y Riccardo Steiner (eds), *The Freud-Klein Controversies 1941-45, op. cit.*, pp. 86 y 188.

²⁸ Edith Kurzweil, *The Freudians: A Comparative Perspective*, Nueva York, Transaction Publishers, 1998, p. 285.

²⁹ Adam Phillips, *Winnicott*, Cambridge, Harvard University Press, 1988, p. 62.

niños de la separación de sus madres, sus estudios fueron ampliamente citados en la literatura de *empleo maternal* del final de la década de 1940, la cual logró demostrar el peligro que representa para el niño que la madre trabajase fuera de casa. El libro de Bowlby de 1953, *Maternal care and mental health*, describía el descubrimiento de que los niños pequeños podían ser marcados por la separación en una manera “comparable en magnitud al papel de las vitaminas”.³⁰

Mientras Klein y Riviere habían situado la relación madre/hijo en un ambiente peligroso y caótico físicamente, los neokleinianos enfatizaron la seguridad del hogar privado. El resultado fue la remasculinización del psicoanálisis británico. El analista emblemático no fue más Melanie Klein, en quien Virginia Woolf había distinguido una vez *algo sutilmente sumergido, funcionando subterráneamente. Un tirón, un giro, como una resaca: amenazando*. En su lugar, una nueva raza de parloteadores analíticos surgió: los *defensores* —no fálicos, benignos, calidos— de los niños y sus *mamás*. Donald Winnicott en Inglaterra y Benjamin Spock en Estados Unidos: irónicamente, estos fueron los hijos buenos y responsables que Klein y Riviere hubieran querido.

Winnicott ejemplifica simultáneamente las ganancias y las pérdidas del cambio. Como la primera celebridad analítica mediática, él formó la visión de una generación acerca del crecimiento de los niños a través de los programas de la BBC dirigidos a los padres y los cursos para trabajadores sociales dados en la London School of Economics.³¹ Teorizando a la *madre suficientemente bondadosa* como aquella que provee la frustración necesaria para el desarrollo más que como aquella que sigue un régimen *perfecto*, él afirmó la preeminencia de lo que llamó la *madre devota y ordinaria*: la mujer de clase trabajadora con sus *sentimientos*, en oposición a la mujer de clase media que lee manuales de cuidado infantil y tiene servidumbre. Esto constituyó un gran paso en la democratización del conocimiento psicológico, el cual había sido previamente monopolizado por los expertos de clase media que despreciaban las prácticas de la clase trabajadora. En un grado menor, se reforzó la normatividad del salario familiar y se invirtió el cuadro lúgubre de la madre y el hijo atados “a un cielo asexual, de preocupaciones y cuidados maternos suficientemente bondadosos”.³²

³⁰ John Bowlby, *Maternal Care and Mental Health: A Report Prepared on Behalf of the World Health Organization as a Contribution to the United Nations Programme for the Welfare of Homeless Children*, Nueva York, Schocken Books, 1966, pp. 13-14.

³¹ Denise Riley, *The War in the Nursery*, Londres, Virago Press, 1983, p. 88.

³² Lisa Appignanesi y John Forester, *Freud's Women*, Nueva York, Basic Books, 1992, p. 4.

Entonces, en general, la experiencia de la guerra trajo de vuelta, el psicoanálisis, al paradigma familiar. Esto es un tema contradictorio. Aunque exitosa en la difusión e institucionalización del pensamiento de Klein, la apropiación de los neokleinianos reforzó los papeles sexuales convencionales en la tradicional familia de clase obrera. Desde este punto de vista, se debilitó con el surgimiento del patrón del Estado de bienestar de Beveridge. Por un lado, se dio un nuevo reconocimiento de la dependencia y la interdependencia. Por el otro, a pesar de las muchas décadas de activismo feminista y del incremento del trabajo femenino durante la guerra, la construcción entera del derecho, asumió la dirección masculina del hogar y el salario familiar.

Aun Klein misma debía sostener alguna clase de culpa. Debilidades graves en su pensamiento facilitaron su absorción de un modo conservador dentro del Estado de bienestar de Beveridge, debilidad que el feminismo habría ayudado a corregir. La Primera Guerra Mundial significó para ella la formación de una ahistórica y, en última instancia, reificada concepción de *la madre*, la cual a veces se toma como una categoría ontológica más social y psicológica. Así, lo que Klein vio como una simple dependencia hacia la madre habría sido mejor entendido como simple dependencia de lo concreto, las relaciones con los otros inmediatos en maneras que varían históricamente. Más aún, Klein se había beneficiado de la consideración de la importancia que el ideal de autonomía moral había tenido a lo largo de la historia del feminismo. Su exagerada repulsión hacia la noción freudiana del ego como una agencia *separada* de sus obligaciones éticas e impersonales debilitó su mirada sobre las relaciones objetivas. La separación que hizo Freud del ego y el superego permite entender la manera en que el ego somete las conexiones interpersonales y las obligaciones éticas al escrutinio crítico en un sentido que la relación con que Klein vincula al ego y las obligaciones concretas hacia los otros no permite explicar.

Quiero concluir recapitulando mi argumentación. Sugerí que el papel jugado por el género en la historia del psicoanálisis está mejor comprendido cuando el psicoanálisis se entiende como una teoría y una práctica de la vida personal. Chodorow se equivocó al encontrar la conciencia de género que ella estaba buscando, porque hizo abstracción del género de esta cuestión más amplia. Esa separación no concordaba con la comprensión de sus temas. Las mujeres que ella entrevistó estaban interesadas en el papel de la madre en la creación de seguridad ontológica y en la capacidad para dar confianza, un papel que trasciende la diferencia genérica. En la década de 1920, ellas hicieron hincapié en el papel de

la madre en el establecimiento de relaciones interpersonales. En la década de 1930 enfatizaron su importancia para las relaciones distantes y solidarias. La guerra transformó sus intuiciones críticas en ideología y política social. Como Klein habría predicho, la ruptura dio paso a la conexión, principalmente con un nuevo contrato social que sobrevivió hasta la década de 1970. Este contrato fue económicamente progresista pero culturalmente conservador. Así, el destino del pensamiento de Klein puede ser entendido como un episodio en la historia de la vida personal.

Traducción del inglés de Mario Alfredo Hernández